

LAS UNIDADES ECONOMICAS

Vamos a afrontar uno de los aspectos en que más sorprendente y trascendental se muestra la experiencia política del mundo actual: el de las unidades económicas. Por de pronto, doy por sobradamente conocido todo lo que la política y la economía tienen de mutuas influencias, pues basta asomarse a las páginas de la Prensa diaria para comprobarlo. La política busca a la economía como sustento material de sus posibilidades, como arsenal de medios de acción para el hombre de Estado, como provocación de decisiones que impulsen propósitos y mejoren situaciones insatisfactorias. Pero resulta, además, que todas esas diversas facetas que presenta la compleja vida económica; todos esos recursos de que dispone la economía, se desarrollan en un determinado territorio y se condicionan y combinan tan íntimamente dentro de ese espacio geográfico que les es dado que, con razón, se habla, en términos fundamentales, de las llamadas unidades económicas. Estas unidades han venido justamente a experimentar, durante la historia política más reciente, una serie de influencias y modificaciones, tanto intrínsecas como comparadas, que podemos señalarlas, sin temor a la exageración, como uno de los acontecimientos políticos más importantes de nuestro tiempo.

GRANDES ESPACIOS ECONÓMICOS Y GRANDES UNIDADES.

La existencia de ciertas áreas económicas más o menos individualizadas frente a otras; es decir, con un cierto grado de unidad objetiva, puede concebirse fácilmente. La silueta de los continentes sobre el mapa, con sus soluciones de continuidad y sus separaciones oceánicas, reconoce el valor objetivo de expresiones tales como «economía americana» o «economía africana».

Pero, naturalmente, las cosas no son tan simplistas. Los territorios dibu-

dados sobre los mapas físicos representan sólo un acotamiento a la vida permanente y organizada del hombre, pero no significa que esa vida los tiene con un sentido económico de unidad. Las áreas económicas, en otras palabras, no están limitadas por barreras físicas solamente, sino también por factores como los transportes o los recursos disponibles y, en general, por la posibilidad de organizar en mayor o menor escala esos verdaderos núcleos de integración de la vida económica que son los grandes mercados. Por eso, la naturaleza perecedera de muchas mercancías, o la limitada capacidad de los transportes y su consiguiente carestía, redujeron durante milenios enteros las actividades económicas a manifestaciones de tipo principalmente local, y con grado tan elevado de autarquía como la villa romana o el dominio feudal. Apenas algunos metales o ciertos alimentos y materias primas básicas, como los granos o la lana, conseguían vencer los obstáculos y crear tráficos de alguna permanencia. Sólo las mercancías más raras y preciosas lograban atravesar muchas de esas áreas y cruzar continentes enteros, reclamadas por consumidores rarísimos y privilegiados, capaces de pagar exorbitantes precios. Hasta épocas recientes, la «ruta de las especias», o la del té, la del marfil o la de la seda, han tenido vigencia histórica; pero han venido a testimoniarnos, al mismo tiempo, la delgadez de los cordones umbilicales creados con tanta dificultad entre áreas económicas, he hecho tan independientes como si se tratase de mundos separados.

La fuerza de esas circunstancias ha sido tanta que no ha podido vencerse ni siquiera por la creación de grandes unidades políticas. Por eso, los imperios son mucho más antiguos que las grandes unidades económicas reales; porque por mucho que Alejandro o César organizaran y trataran de centralizar las economías de sus territorios, tales esfuerzos se parecían mucho más a la administración de un patrimonio desperdigado en un vasto espacio, que a la integración de éste en una sola economía.

LOS «HUSOS GEOGRÁFICOS».

No es extraño, por tanto, que sólo en la edad contemporánea se haya empezado a hablar de los grandes espacios económicos; porque sólo el ferrocarril, los grandes navíos independizados del viento, el automóvil, el avión y las comunicaciones prácticamente instantáneas, han podido integrar adecuadamente los movimientos de mercancías y las relaciones económicas en general. Hoy puede hablarse de grandes mercados mundiales, refiriéndonos a multitud de productos y materializándolos en órdenes de compra o de venta, que llegan inmediatamente a todas las partes del mundo, a las Bolsas

de valores o de mercancías de las grandes capitales financieras. La teoría económica de la localización, iniciada por el investigador de *El Estado aislado*, hace poco más de un siglo, terminó por explicar racionalmente la creación de esos grandes complejos económicos que estudian los especialistas modernos con el nombre de «grandes espacios», aunque es ahora, con las nuevas perspectivas que ofrecen el tráfico y la articulación de actividades, cuando viene a cobrar auténtica vigencia la posibilidad de tratar económicamente las grandes masas continentales que vemos dibujadas en los mapas físicos. De ahí nació la teoría y la doctrina, tan en boga no hace mucho tiempo, de los «husos geográficos», como ejes de la creación de espacios económicos, puesto que a lo largo del mismo meridiano se suceden latitudes con productos agrícolas complementarios, desde los ecuatoriales hasta los templados y fríos. Ahora mismo, tras el reciente coloquio de Roma, se anuncia para junio, en Estrasburgo, una Asamblea interparlamentaria en la que una quincena de Gobiernos africanos, con los de los seis países del Mercado Común, intentarán superar su fraccionamiento político para acercarse algún tanto a la realización, dentro de lo posible, de ese gran espacio económico que los especialistas han identificado hace tiempo, a la vista de las cartas geográficas, con el nombre de «huso económico euroafricano»; es decir, la ensambladura de la industria nordeuropea con la economía y la ruta mediterránea, las riquezas de los bosques ecuatoriales, la minería del oro y el uranio y la ganadería surafricana. Y es que, en efecto, basta contemplar el mapa para percibir que ese huso económico aparece como algo tan casi espontáneamente delimitado por la Naturaleza que hasta la maciza silueta de África parece el sólido pedestal de la recortada cabeza de Europa.

Lo mismo sucede con otro huso, tan claramente definido por la Geografía, como la masa de las dos Américas, extendida a lo largo de un meridiano. Sin embargo, las fronteras políticas fragmentan ese gran espacio potencial en un mosaico de pedazos dispersos, con sus contrapuestas amistades y hostilidades. La realidad nos muestra muy claramente ese desfase entre espacios geográficos y unidades económicas, esas discordancias entre unidades económicas y políticas que es, sin duda, uno de los más importantes problemas de nuestro tiempo.

ESPACIOS GEOGRÁFICOS Y UNIDADES ECONÓMICAS.

Hoy está invertida la situación respecto de la antigüedad: los grandes imperios eran unidades políticas mucho más amplias que las posibilidades de unificación económica; mientras que ahora las posibilidades en el campo

de la economía se ven, más de una vez, frustradas por la falta de una realización política de paralela magnitud. Por eso, nuestra breve excursión por el concepto de los espacios económicos nos enfrenta con lo que las unidades económicas significan como problema actual. El desfase entre ella y las unidades políticas es el nudo del problema y, por consiguiente, han de explorarse las dos maneras actualmente concebibles de superar las fronteras políticas, para acercarse a las unidades económicas en potencia: las nuevas naciones a mayor escala y las instituciones supranacionales. Ahora bien, a su vez, estas formas de superación están relacionadas íntimamente con otro hecho de gran trascendencia: el desplazamiento de Europa del centro de gravedad de la economía mundial. Este hecho ha de ser considerado previamente, porque la experiencia política de los últimos cincuenta años nos marca una trayectoria cuya extrapolación hacia el futuro resulta indispensable.

DE LA HEGEMONÍA EUROPEA A LA SITUACIÓN ACTUAL.

Hace cincuenta años, a comienzos del presente siglo, ningún británico de los días eduardinos, ningún alemán del Kaiser, ningún europeo orgulloso de serlo, hubiera vacilado un instante en afirmar que Europa era el corazón de la economía mundial. En un texto relacionado con la Gran Bretaña, pero válido para Europa en general, se decía pretenciosamente: «Las cinco partes del mundo son nuestras tributarias voluntarias. Las llanuras de Norteamérica y de Rusia son nuestros campos de trigo; Chicago y Odesa, nuestros graneros; el Canadá y los Países Bálticos, nuestros bosques. Australia guarda nuestros rebaños de ovejas y América los de ganado vacuno. Perú nos envía su plata; California y Australia, su oro...». Este cántico a la hegemonía de Europa no era el único por aquellos días, pues respondía a la convicción de las gentes.

Aquella situación era el resultado del avance técnico logrado por Europa con la actitud mental del Renacimiento, que condujo a los descubrimientos matemáticos y científicos apoyados en el método experimental, y con los descubrimientos geográficos trascendentales, realizados por la audacia y el genio de los españoles y portugueses. Cuando la revolución industrial impulsó después decisivamente el desarrollo económico, la hegemonía técnica europea cristalizó en una incipiente organización económica en otros continentes, mediante inversiones productoras de nuevas riquezas, que procuraban importantes ingresos a las naciones europeas. A principios del siglo actual, por tanto, Europa era, en efecto, un gran corazón de la economía

mundial, impulsando una circulación basada en la recepción de materias primas y alimentos contra el envío de manufacturas y servicios—bancarios, comerciales, etc.—, cuyo equilibrio cuajó en la armoniosa arquitectura financiera del sistema del patrón oro.

Es cierto que los observadores sagaces—y algunos hubo—podían ya encontrar en las estadísticas los signos del declive de esa hegemonía, porque Europa, con sus capitales, había ya trasplantado la técnica a otros continentes. En 1890, la producción siderúrgica de los Estados Unidos superaba ya a la de Gran Bretaña, y en 1906 rebasaban incluso su producción hullera, aunque Inglaterra siguiera siendo el primer exportador mundial de carbón. Pero la mayoría de las gentes seguía satisfecha en su seguridad, contemplando en los mapas las líneas negras y rojas de unas redes de transportes y comunicaciones que envolvían el mundo entero. desde ese gran centro de irradiación que era Europa.

LA MITAD DE LA HUMANIDAD QUEDABA FUERA.

Esa red, sin embargo—conviene destacar este hecho—no envolvía en realidad al mundo, sino a una parte de él: la periferia, apenas, de los demás continentes. En Africa, en Asia, en Oceanía, incluso en América del Sur, sólo las regiones costeras, en una delgada franja en torno a los puertos y centros de intercambio, estaban unidas al corazón europeo. El resto vivía al margen de esa economía internacional organizada por Europea. El resto era, prácticamente, la mitad de la Humanidad: en China y el interior de Asia, en la India, en Africa y América, millones de seres humanos satisfacían sus necesidades en formas económicas cerradas, prácticamente independientes del corazón europeo. Por lo tanto, ya en aquella situación existían dos amenazas latentes contra la situación creada en torno a Europa. Por una parte, lo que se ha llamado, tan agudamente, «el rapto de Europa» —es decir, el trasplante de la técnica a países de Ultramar que podían crear otros núcleos industrializados capaces de competir con la tierra creadora de la revolución industrial. Y por otro lado, el acceso de los pueblos marginales al escenario de la Historia, la irrupción de todos esos millones de seres desconectados de la organización internacional basada en Europa, lo que habría de representar inevitablemente una alteración del equilibrio armonioso de fines del siglo XIX. Estas dos transformaciones son las que, sucesivamente, se han producido durante los últimos cincuenta años, dando lugar a una nueva y muy diferente estructura de la economía mundial. El hecho, para Europa, es grave, tanto más grave, cuanto que muchos europeos

no parecen haberse dado cuenta todavía de que la etapa histórica que estamos describiendo ha sido ya definitivamente superada.

El rapto de Europa fué ya evidente tras la primera guerra mundial, que aceleró los acontecimientos. Las necesidades extraordinarias de la Europa en guerra absorbieron parte del ahorro creado en los siglos precedentes, y diseminados, en forma de inversiones, por todo el mundo. Y lo que fué peor, la imposibilidad de Europa para seguir, suministrando, en la misma cuantía, los productos que antes ofrecía, aceleró la producción de los mismos en otros continentes, que empezaron a fabricar tejidos y otros artículos con sus propias materias primas. Pero existieron, sobre todo, dos hechos casi simultáneos que quiero destacar. De aquella primera guerra mundial, los Estados Unidos emergieron ya como acreedores de la propia Europa, con una cultura y una técnica sustancialmente europeas. Y al mismo tiempo, el cataclismo comunista de 1917 desgajó de Europa la Rusia de Pedro el Grande e inició en este país una ruta enteramente diferente, que acabaría convirtiendo a la U. R. S. S. en otro rival de la hegemonía económica europea.

SURGEN NUEVAS FUERZAS.

Así aparecen las dos primeras grandes unidades económicas constituidas como unidades políticas nacionales a una escala ampliamente superior a la de las unidades surgidas por la creación de nacionalidades en Europa, a lo largo de la Edad Moderna y Contemporánea. Frente al medio millón de kilómetros cuadrados exhibido por Francia, la mayor de esas nacionalidades, los Estados Unidos despliegan sus casi ocho millones, más de nueve hoy con la incorporación de Alaska y Hawai, como Estados de la Unión, alcanzando una categoría de territorio ya continental; y el inmenso mundo euroasiático de la Unión Soviética rebasa los 22 millones de kilómetros cuadrados desde las orillas del Báltico y del Mar Negro hasta las del Océano Pacífico. No es extraño que, reforzadas por una clara significación política, ambas grandes unidades económicas se alcen hoy frente a la antigua hegemonía europea, con el rango básico de una nueva estructura mundial en la que el corazón único ha sido sustituido por otra constitución bien distinta; la tensa polaridad en la que los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética, por otra, agrupan en torno de sus grandes unidades económicas a una constelación de países, escindiendo así la unidad de la economía internacional de principios de siglo, en una bipartición cuyas consecuencias se manifiestan en todos los órdenes de la vida internacional.

Los años que siguieron inmediatamente al final de la segunda guerra

mundial han arraigado esta visión de la economía y la política en la mente de la generalidad de las gentes, porque la postración de la economía europea, devastada por la lucha, y la exaltación de la Unión Soviética entre los grandes aliados (después de habersele fácilmente cedido tanta zona de influencia en Europa misma), nos presentaban sin sombra alguna la realidad de esa polarización. Aun ahora mismo la opinión sigue pensando en esos términos, como si en el mundo no hubiera otra cosa, como si no se hubiera producido después la segunda de aquellas amenazas potenciales a la hegemonía europea, a que hube de aludir ya; es decir, el acceso a la escena mundial de la mitad de la Humanidad.

APARICIÓN DE NUEVOS PAÍSES.

También los acontecimientos políticos, como las influencias de la técnica y de la economía, han contribuido a la aparición de nuevos países, que las mentes habituadas al aire de las viejas cancillerías tienden a desdeñar, pero que el político abierto a los problemas no ignora en modo alguno, sobre todo si se asoma a los hemisferios internacionales, donde los votos negros o amarillos son el riesgo cotidiano de las deliberaciones, según se inclinen hacia uno u otro polo. A partir de 1945, las banderas europeas se fueron arriando por todas las costas meridionales de Asia, desde China hasta Palestina. A pesar de esta experiencia, y como si las grandes corrientes históricas hubieran de detenerse porque a nosotros nos convenga, muchos políticos europeos confiaban todavía en el continente negro como reserva de materias primas y territorios acotados para su organización por Europa. Pero el pasado año, «el año de Africa», como le ha llamado Dag Hammarskjöld, ha debido dar ya al traste con tan anacrónicas ilusiones. En sólo doce meses se han declarado independientes 90 millones de africanos, que ocupan 12 millones de kilómetros cuadrados, en números redondos, dejando además la secuela espinosísima de los problemas del Congo. En las sesiones de la O. N. U., sobre las mesas de civilizado plástico y metal, nuevos letreritos de países han venido a complicar, aún más, la distribución de las fuerzas internacionales. Por vez primera ya no ha sido soviético el veto que ha venido a yugular el recuento de votos. La polaridad Rusia-Estados Unidos aparece fragmentada y desequilibrada por la incorporación de nuevos países. Y todo ello en un tiempo sumamente breve en comparación con las edades de la Historia. Hoy contemplan esa revolución mundial ingleses que combatieron contra los boers y que asistieron, ya maduros, a la coronación de Jorge V como emperador de la India. Pero al mismo tiempo hay que tener

en cuenta otro hecho trascendental: Europa no se resigna a perder la hegemonía. Repuesta de los quebrantos causados por la última guerra, la Europa llamada occidental se recupera, se organiza y alcanza ya una prometedora importancia internacional.

LAS GRANDES UNIDADES ECONÓMICAS Y POLÍTICAS ACTUALES.

Esa es la parábola descrita por la economía mundial en los tiempos modernos. Partiendo de una constelación de países y unidades en aislada dispersión, se pasó a una notable organización internacional dirigida por Europa, y después, apenas en medio siglo, surge la polaridad de dos grandes unidades enfrentadas, seguida por la complicación de conjunto que lleva consigo el acceso de nuevas unidades, y entre éstas, otra vez, Europa, en forma distinta de las anteriores. Estudiaremos con algún detenimiento las situaciones actuales, pero antes permitidme sacar algunas enseñanzas de este repaso histórico.

Lo primero que la Historia ha puesto de manifiesto es la eficacia, la capacidad productiva y combativa de las unidades políticas, que han logrado concentrar grandes recursos económicos o, si se prefiere de otro modo, la trascendencia de los grandes espacios económicos organizados bajo una unidad de mando política. Es el caso, bien patente, de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

La razón de esa mayor eficacia es bien sencilla, pues no es otra sino el impacto de la técnica sobre la vida humana. El hecho es de sobra conocido y no ha de reclamar nuestra atención sino el tiempo suficiente para recordarlo. Lo que pasa, sencillamente, es que las naciones a la escala europea se han quedado pequeñas para poner en práctica ciertas técnicas. La energía nuclear, por ejemplo, sólo puede abordarse mediante la cooperación entre los distintos países de Europa, y lo mismo los incipientes esfuerzos para la navegación espacial. El sostenimiento de un ejército modernamente armado, la construcción de aviones y grandes unidades navales y su renovación, para escapar en mínima medida a los graves riesgos de anticuamiento, es algo sólo abordable ya por las grandes naciones. Pero hay más: si algunos piensan que tales ejemplos están deliberadamente escogidos, quiero recordar, y esto es más decisivo, que las naciones europeas son también pequeñas en sentido económico; es decir, no presentan mercado suficiente para muchos productos, que sólo en gran escala pueden lanzarse a costes adecuados. La producción de automóviles, entre otros artículos, es buen ejemplo de

esa afirmación, pues sin la salida de la exportación resultaría imposible mantener niveles de fabricación suficientemente grandes para reducir los costes.

SUPERACIÓN DE PASADAS SITUACIONES.

Esta situación, demasiado bien conocida para seguir comentándola, es la que ha sido superada por las dos grandes unidades económicas y políticas, cuya polaridad matiza tan destacadamente la realidad mundial de nuestro tiempo: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Sus diferencias de magnitud territorial con las naciones europeas «clásicas» han quedado ya subrayadas, y aunque la superioridad demográfica no es del mismo orden por las diferencias de densidad—la población rusa rebasa algo los 200 millones de habitantes, y la americana se aproxima ya a esa cifra—, la integración de recursos naturales en sus áreas respectivas es abrumadoramente superior a la de los países europeos. Todo ello se traduce, como es de sobra conocido, en que ambas se han convertido en sendas cabezas de dos grupos de naciones, a los que dirigen o inspiran, tanto por su fuerza bélica como por su potencialidad económica. Entre estos dos países existen diferencias de producción y de resultados técnicos, que vienen siendo considerados en los últimos tiempos con sentido polémico, principalmente en lo que se refiere a la astronáutica, la energía nuclear o los modernos armamentos. Pero no es esto lo más interesante desde el punto de vista económico. Lo más importante, a mi juicio, es la diferencia cualitativa en la organización de sus economías, la radical oposición o distinción que existe en sus respectivos principios inspiradores, en su génesis histórica y en su ordenación actual. Los Estados Unidos son hijos, como es sabido del apasionado principio de la libertad, entendida según aquella manera europea que cristalizó tan dramáticamente en la Revolución francesa, y que todavía siguió vigente a lo largo del siglo XIX: la libertad individual. Buscando esa libertad, llegaron a Nueva Inglaterra los primeros inmigrantes de la futura gran república, y para consolidarla se alzó como nación. Esta gran nación ha crecido y se ha organizado, esencialmente, como lo acreditan las polémicas electorales del pasado año sobre la base del individuo que, en economía, se traduce en la dirección inspirada por la demanda de los consumidores en el mercado. Históricamente, por otra parte, el desarrollo en esta dirección fué posible gracias a las inversiones recibidas por el país a lo largo del tiempo hasta la primera guerra mundial, procedentes de naciones europeas que aportaban así su técnica y sus ahorros al progreso americano. Como resultado de aquel principio y de esta evolución histórica, la gran unidad económica de los

Estados Unidos se sigue basando hoy, repito, sobre la economía del mercado, sin perjuicio de todas las creaciones institucionales que las necesidades de la eficiencia técnica han promovido.

Aunque la libertad—bandera siempre excelente y a la que se acojen las más opuestas mercancías—fué invocada también en la revolución rusa, todos sabemos que, en todo caso, no era la del ser humano la que se trataba de conseguir, sino la del Estado. En contra de lo que sucedió en los Estados Unidos, la naciente Unión Soviética quedó inmediatamente sometida a un aislamiento económico, lo que determinó un proceso de desarrollo basado en líneas esencialmente diferentes a las de Estados Unidos, puesto que hubo de consistir en el más absoluto sacrificio de las necesidades humanas y los deseos más elementales del consumidor—recuérdense las hambres de los primeros años—en aras de la industria pesada y de la potencia militar. Así, no sólo por los dogmas revolucionarios—gregarios y masificadores—, sino por el imperativo de ese desarrollo económico llevado a cabo en el aislamiento, la organización resultante se apoyó justamente en la prescripción casi total del mercado como brújula de la producción. Como es sabido, sólo en el sector agrícola y en los aspectos finales de consumo privado se registran ahora manifestaciones de precios y mercados semejantes a las que en Occidente se crean por la libertad de decisión del consumidor. Por lo demás, la economía es planificada, dirigida, lo que ha permitido concentrar los esfuerzos y obtener resultados llamativos en sectores de especial eficacia militar y de propaganda política, en medio de una estructura productiva y consumidora mucho más débil, en general, que la norteamericana.

Someramente, pueden así delinearse los rasgos de las dos grandes unidades económicas y políticas del momento actual, al menos sin necesidad de entrar en comparaciones estadísticas reiteradamente hechas por los autores, y que no creo, por tanto, necesario repetir aquí. Lo esencial, por otra parte, no son los datos materiales sino esa decisiva y última diferencia: el respeto a la libertad del hombre en Norteamérica, dentro de un marco de solidaridad social, y en menosprecio de la dignidad humana en la Unión Soviética, donde todo valor de orden moral queda postergado ante los fines perseguidos por el Estado, precisamente desde el Poder. Ahora bien, he advertido ya la concepción del mundo moderno como simple polaridad Estados Unidos-Unión Soviética, es una visión ya anticuada, en un mundo donde otras unidades han empezado a manifestarse con una personalidad sin precedentes. Cierto que esas manifestaciones de las unidades africanas, asiáticas e iberoamericanas pueden siempre relacionarse con aquella polaridad, pero no es menos cierto que se mueven frente a ella con creciente independencia, inclinándose

algunas veces de un lado a otro y adoptando, en ocasiones, una serie de actitudes y decisiones arrogantes que pesan ya sobre las propias decisiones y actitudes de ambos polos.

CHINA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA.

Esto último es singularmente evidente en las relaciones entre China y la Unión Soviética. Hoy día el extremismo comunista chino—aun teniendo en cuenta los matices impuestos por la mentalidad oriental—se ha hecho difícil de manejar para la Unión Soviética, creando situaciones incómodas y difíciles. La potencia de China, basada esencialmente, por el momento, en su abrumadora superioridad demográfica—casi la cuarta parte de la Humanidad—se refuerza con su apelación racial a un mundo de pueblos de color, hostiles muchas veces contra el blanco. La tensión y la agresividad frente a Occidente han superado, con mucho, a la posición soviética, más flexible por comparación; si bien esa tensión, que llega a los más inconcebibles extremos de privación de vida familiar y humana digna de este nombre, parece delatar más bien una debilidad interna que una fuerza serena y consciente. Al menos, el fracaso de las avanzadas experiencias agrícolas basadas en la «comuna» y reconocido ya como un hecho indiscutible, permite mantener esa opinión, aunque haga todavía más peligrosa la situación. En cualquier caso, la economía china es la más importante de las que presentan las naciones aisladas ajenas a las dos básicas citadas en primer lugar, aunque sea muy difícil discriminar hoy su verdadera importancia, pues junto a factores positivos, como la fuerza militar y de trabajo de su población o la magnitud de sus recursos naturales y de sus rápidos avances en algunos sectores, se registran como factores negativos fracasos espectaculares y focos de desorganización, aparte de que todo ello aparece enmascarado, ante el observador, por las múltiples cortinas de una propaganda que combina los usos asiáticos de la deformación con el empleo modernísimo de la técnica de la mentira, propia del comunismo.

LA POSICIÓN DE LA INDIA.

La India constituye otra magnitud territorial y demográfica comparable a la anterior, pero en cambio presenta aspectos muy distintos, y no es extraño que los demás países africanos o asiáticos sigan con atención los resultados de uno y otro experimento económicos sobre sociedades con las que tienen tanto de común. La India se esfuerza por desarrollarse a lo largo

de una vía intermedia, verdadero compromiso entre la economía de mercado y la socializada, combinando la planificación con el respeto a los principales aspectos humanos y culturales de la vida. No es extraño que una economía así concebida se refleje sobre las plataformas políticas, en una actitud igualmente intermedia, definida como rasgo más visible por un neutralismo que no es éste el lugar de comentar.

EL EJEMPLO DE CANADÁ Y AUSTRALIA.

Para encontrar ahora unidades económicas de la misma magnitud hay que desplazarse a otros continentes. Casi en lugares opuestos del globo terráqueo—y con algunas diferencias que principalmente se derivan de esa pertenencia a áreas geopolíticas diferentes—el Canadá y Australia se presentan con matices muy similares: extensión superficial a escala continental casi, clima de cierto extremismo, aunque en distinto sentido, población extraordinariamente escasa, como factor que eleva el bienestar individual, pero reduce la potencialidad colectiva—sociedad moderna con notables afinidades culturales, técnica avanzada... Ahora bien, mientras el Canadá se beneficia de su posición medianera con los Estados Unidos, a los que, en cierto sentido, prolonga social y económicamente, Australia se enfrenta con todo el arco asiático próximo, hacia el Indico y hacia el Pacífico, que constantemente le plantea problemas de todo orden, desde las pacíficas amenazas migratorias hasta los tremendos riesgos de la pasada guerra.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL BRASIL.

Brasil, en fin, la «tierra del futuro», como se le ha llamado alguna vez, presenta características muy diferentes, aunque siempre a la escala de gran unidad económica y política del porvenir, con una población mucho más mezclada y más rápidamente creciente que las ultracivilizadas demografías de Canadá y Australia, con un clima ecuatorial bien distinto, con una cultura de origen diferente, aunque también occidental, el Brasil es algo muy distinto de lo que representan Canadá y Australia. Parece razonable admitir que así como los países afroasiáticos, mientras se van apropiando en lo posible la técnica y los capitales de Occidente, miran más bien hacia los experimentos de la India y de China, así también las naciones sudamericanas contemplan al gigante brasileño, a veces desde posiciones ya tan vastas y avanzadas como la Argentina o Méjico. Muchos problemas comunes están recibiendo en el Brasil tratamientos importantes que, a juzgar por algunos

datos, inicia ahora una etapa de creciente madurez reflejada en muchos aspectos de su vida política.

Y podría prolongarse más el análisis, y detenerme en detalles sobre las posibles unidades económicas, pero la referencia a esos siete grandes núcleos me parece más que suficiente para poner de manifiesto su importancia real o potencial, recordar sus rasgos principales y presentar sus contrastes con las clásicas unidades económicas constituídas por las naciones europeas, porque quiero ahora considerar la otra posible vía de fundación de unidades económicas; la que intenta crearlas por la progresiva agregación de las unidades ya existentes, es decir, por la superación de las fronteras nacionales, en lugar de constituir desde un principio una gran unidad política a escala económica. Y me vais a permitir que os diga, como advertencia cautelar, que el problema del economista no es el del político, no es el de la demolición o consolidación de fronteras, ni el de la formulación de pactos políticos internacional, es—nada menos, pero también nada más—que el de la integración de recursos en mayor escala, con o sin esas previas fronteras políticas, dotándolas, en caso de que subsistan, de la permeabilidad suficiente para no impedir la acumulación y organización de los medios productivos requeridos, como hemos visto, por determinadas técnicas modernas, y exigidos, en muchos casos, por las necesidades del mercado.

Este va a ser nuestro tema inmediato, tan importante, por otra parte, para un área mundial de primordial significación para nosotros: el área europea.

LAS UNIDADES ECONÓMICAS SUPRANACIONALES.

Podría evocar ahora la serie de proyectos concebidos a lo largo de la historia moderna para crear unidades económicas supranacionales, en una u otra forma, desde las ideas precursoras de Jorge Podiebrad, de Boemia, hasta las ideas del paneuropeísmo anterior a la última guerra. Podría recordarse que algunas de esas manifestaciones cristalizaron en hechos históricos de tanta trascendencia como la Zollverein o Unión Aduanera Alemana, tan importante en el proceso de creación de la unidad germánica. Pero es preferible prescindir de todos esos precedentes para concentrarse en los aspectos modernos de la cuestión y, especialmente, en el proceso de «compenetración de las naciones europeas occidentales». Y preferimos deliberadamente esa palabra, políticamente menos comprometida y definida, para no prejuzgar ninguna solución política determinada; pues lo importante, insisto, desde el ángulo de la economía, es la organización de los recursos en

una escala superior a la permitida por los reducidos límites de las naciones europeas del día.

PRECEDENTES DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA.

Como es bien sabido, el proceso de cooperación europea se inició cuando el secretario de Estado norteamericano, general Marshall, pronunció en Harvard su famoso discurso de junio de 1947, ofreciendo la ayuda americana a Europa si ésta organizaba una acción conjunta. No voy a recordar la inmediata reacción de las naciones del viejo continente y la serie de peripecias que alejaron de esa cooperación (dramáticamente en más de un caso) a naciones como Checoslovaquia. Recordaré, sin embargo, que la decisión de Marshall respondía a una visión de los problemas de post-guerra mucho más realista que la de los acuerdos de Bretton Woods en 1944, o a la del famoso empréstito anglo-americano concertado en diciembre de 1945, como uno de los últimos trabajos realizados en vida por el renombrado Keynes. Los expertos que con él negociaron aquel empréstito, creyendo que con esa ayuda bastaría para restaurar la convertibilidad de la libra esterlina, hubieron de aprender, en el verano de 1947, que la situación era más grave de lo que pensaban, y más profundo también el desequilibrio de la economía mundial. La oferta de Marshall supuso, pues, una rectificación de las primeras ideas sobre los problemas dejados por la guerra.

LA O. E. C. E.

Como quiera que sea, el hecho es que, en abril de 1948, nació, en París, la Organización Europea de Cooperación Económica, que en estos momentos ha planteado ya su reorganización, por lo que podemos considerar ya aquel acontecimiento con la necesaria perspectiva. En el informe que emitieron los llamados «cuatro sabios» del Comité creado en París durante el pasado año se dice:

«Resulta estimulante comprobar la existencia de un amplio acuerdo sobre tres puntos principales:

1.º Se han derivado progresos extraordinarios de la cooperación de los países de Europa occidental y los dos asociados de América del Norte—Estados Unidos y Canadá—desde el final de la segunda guerra mundial. Esa cooperación ha adoptado diversas formas, pero todo el mundo reconoce que la O. E. C. E. ha sido una de las más eficaces. También se estima generalmente que esa cooperación debe ser continuada y reforzada.

2.º Actualmente se ha llegado a un cambio de rumbo. Europa se ha re- puesto prácticamente de las destrucciones y la desorganización provocada por la guerra, y conoce una nueva prosperidad. Por eso se plantean nuevos problemas, no menos imperiosos que los precedentes.

3.º Los países con una gran potencia económica son conscientes de sus responsabilidades en relación con los países subdesarrollados.»

EFICACIA DE LOS RESULTADOS.

Hemos transcrito íntegro ese resumen de conclusiones del informe sobre la reorganización de la O. E. C. E., publicado en París en abril del pasado año, porque los considero certeros. No es preciso insistir demasiado en el hecho de que, a los doce años de su fundación, las realizaciones de la O. E. C. E., en el terreno de la cooperación económica, han vencido, sin duda, los escepticismos que existían, en su origen, sobre el éxito de este ensayo de coordinación internacional.

Ahora bien, ese éxito es precisamente el que ha hecho necesaria—y así se comprendió a fines de 1959—una reorganización, aunque sólo sea por la razón siempre válida de que toda creación política, en cuanto alcanza las metas que se había propuesto, conducen, por eso mismo, al descubrimiento de nuevos horizontes y nuevas tareas que, por lo común, exigen a su vez otros instrumentos.

NUEVAS ORIENTACIONES.

En 1947 los problemas de Europa eran los de la reconstrucción subsiguiente a la guerra y la evitación del caos político que amenazaba a una economía desarticulada. Ahora la reconstrucción es un hecho y en eso estriba, precisamente, como dice el informe, el cambio de rumbo que exigen los nuevos problemas.

La nueva denominación de la entidad que ha de sustituir a la O. E. C. E. resulta bien expresiva en cuanto al nuevo sesgo de la organización, puesto que el acuerdo firmado el 14 de diciembre pasado, le ha asignado el nombre de «Organización de Cooperación y Desarrollo Económico». La introducción del vocablo «desarrollo» incorpora sin reservas esta finalidad al nuevo organismo, proyectando sus actividades futuras hacia la expansión en lugar de la reconstrucción, que, repito, fué el primero de los objetivos.

En los momentos actuales, se especula todavía sobre si los medios con que se ha dotado estatutariamente a esta nueva O. C. D. E. serán o no sufi-

cientes para esta tarea más amplia. No es cosa de terciar ahora en la discusión, pues nuestro propósito de hoy es exponer un panorama de hechos y no de opiniones; pero no estará de más recordar que, también ante el nacimiento de la O. E. C. E., se expresaron incertidumbres que la realidad ha acabado mostrando como excesivamente suspicaces. Dejemos, pues, este tema, porque quiero dedicarme con detenimiento a otra manifestación mucho más importante del fenómeno europeo.

NECESIDAD DE AMPLIOS ACUERDOS.

Me estoy refiriendo, como se habrá adivinado ya, a la aparición en Europa y dentro de los países miembros de la O. E. C. E., de otros acuerdos con los que determinados países quieren llevar su interpenetración más lejos de lo que era posible en el limitado marco cooperativo de aquel organismo. Esa necesidad de estrechar el marco de la política en dirección común y ampliar más allá de las fronteras el área de integración de los recursos, tuvo una primera y muy importante manifestación en el plan lanzado por el entonces ministro francés Schumann, y que cristalizó en la comunidad europea del carbón y del acero.

Aquella institución fué trascendental por diversos motivos. En primer lugar; porque, aunque limitada a las industrias del carbón y la siderurgia, introducía en esos sectores un grado de integración sin precedentes. En segundo término, porque sus instituciones llegaban a tener un rango supranacional, cuya calificación ha merecido la especial atención de los tratadistas políticos. Y, en tercer lugar, porque la experiencia adquirida en la C. E. C. A., durante los primeros años, condujo, finalmente a otro paso incomparablemente más avanzado todavía en el camino de la superación de las fronteras políticas: el Mercado Común.

Es sabido, en efecto, que fueron los seis países de la C. E. C. A. los que, reunidos en la conferencia de Messina de junio de 1955, concibieron la idea de crear una forma mucho más audaz de unidad supranacional en el sentido económico. De aquella conferencia y de otras sucesivas, en distintas ciudades, surgió el plan propuesto ante los demás países de la O. E. C. E., en febrero de 1957. Durante el mes siguiente tuvo lugar la firma de los tratados de Roma, de 25 de marzo del mismo año; por ellos se estatúa la Comunidad Económica Europea, vulgarmente conocida por el Mercado Común, y, además, la Comunidad Atómica Europea, de la que solamente diré que confirma la tesis de que ciertas técnicas son ya prácticamente inalcanza-

bles con un mínimo de economicidad mientras nos desenvolvemos en las estrechas camisas de fuerza de las fronteras nacionales a escala europea.

EL MERCADO COMÚN.

En cuanto al Mercado Común, bien conocidas son sus principales características que, en definitiva, tienden a crear, para una fecha inicialmente prevista hacia 1970 (con una posibilidad estatutaria de aplazamiento, pero desmentida por planes de aceleración ya iniciados) nada menos que un mercado de 170 millones de europeos con elevada capacidad adquisitiva en general; es decir, una unidad económica situada ya en el mismo orden de magnitud que los propios Estados Unidos de América. Este conjunto, integrado por los tres países de Benelux, más Alemania, Francia e Italia, presentará una frontera arancelaria única frente a terceros países, permitirá en su interior la circulación de bienes, servicios y personas, y constituirá, por tanto, una auténtica unión aduanera, como el precedente histórico alemán antes aludido, con todas sus características de superación de las fronteras económicas. La significación entorpecedora de éstas a lo largo de los siglos se pone en evidencia con sólo recordar que un hecho económico natural de tanta trascendencia, como es la existencia de una extensa cuenca de minerales de carbón y de hierro coincidentes, desde la Lorena hasta el Mar del Norte, haya quedado sometido al más antieconómico fraccionamiento entre los territorios de Alemania, Bélgica, Holanda, Francia y Luxemburgo.

RELACIÓN CON PAÍSES AFRICANOS.

La creación del Mercado Común, con sus primeras medidas encaminadas a las reducciones arancelarias internas; sus concordancias político-económicas de acuerdo con el Tratado y los proyectos de los seis países para acelerar su realización han sido seguidos muy atentamente desde el primer momento por las demás naciones europeas; sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias adicionales que rodean a la Comunidad. Una de estas circunstancias adicionales consiste en la proyección hacia los países de ultramar que están, o han estado hasta hace poco tiempo, ligados políticamente a alguno de los miembros del grupo. De ahí las próximas reuniones de Estrasburgo, ya aludidas, para organizar las relaciones económicas entre los seis países y naciones africanas, como las antiguas colonias francesas occidentales y ecuatoriales la Somalia o la República Malgache. Estos países, en conjunto, venden al Mercado Común el 80 por 100 de su algodón, el 70 por 100 del

cacao, el 65 por 100 del café y proporciones semejantes de otras exportaciones, por lo que puede comprenderse el interés de estas relaciones comerciales. La comunidad las completa además con la ayuda financiera necesaria para llevar a cabo en dichos territorios un centenar de proyectos concretos de instalaciones industriales, sanitarias o sociales, cuyo coste se cifra en varios miles de millones de pesetas. He de advertir, no obstante, que este mecanismo de intercambio y ayuda se ha venido basando en los textos de Roma de 1957 y, por tanto, después de la independencia de dichos territorios resulta indispensable crear un nuevo marco institucional.

Otra circunstancia digna de atención es la proyección hacia otros países de la propia Europa; y por eso no ha de extrañar que Grecia y Turquía, tradicionalmente situados en la órbita balcánica de influencia económica alemana, se encuentren, en la actualidad, negociando su entrada en el Mercado Común, aun cuando no se hayan resuelto hasta la fecha los problemas de adhesión planteados por economías de estructura comparativamente retrasada en relación con las de las naciones del grupo.

ACUERDOS DIRECTOS ENTRE EMPRESAS.

Y, finalmente, debe también valorarse la cohesión de las seis economías, no sólo por la fuerza de los convenios internacionales, sino por la muy realista y eficaz fusión de intereses económicos privados. Los últimos meses, en efecto vienen registrando una serie de acuerdos entre las grandes empresas, como las de automóviles Simca y Alfa-Romeo, a fin de organizar su producción y actuación a base de la mayor escala, facilitada por la creación del amplio mercado nuevo. Estos hechos son los que, a mi juicio, y en definitiva, contribuyen más a garantizar la irreversibilidad de los pasos dados hacia la constitución de una unidad aduanera entre 170 millones de europeos.

En cualquier caso, las repercusiones económicas de la formación del Mercado Común no pudieron ser contempladas pasivamente por el resto de los países de la entonces O. E. C. E., a los que se les colocaba ante un hecho decisivo, precisamente relacionado con el tema de esta conferencia: a saber, la creación de una gran unidad económica en un área de unidades menores de tipo «clásico». Por eso, desde la presentación oficial del proyecto de los Seis, en París, en febrero de 1957, la Gran Bretaña y otros países reaccionaron inmediatamente, tratando, ante todo, de convertir el proyecto en el sentido de establecer un área de comercio más libre para toda Europa. Fracasado el intento, precisamente porque los seis países preferían una unión aduanera mucho más estrecha, y abandonadas las negociaciones en noviembre

de 1958, los restantes países iniciaron las conversaciones adecuadas a fin de crear otra unidad económica también supranacional dentro de las posibilidades y limitaciones que presentaban algunas de sus circunstancias especiales, bien fuesen éstas de carácter económico—como los lazos y relaciones entre el Reino Unido y los países de la Commonwealth—, o bien de carácter político, como el neutralismo suizo y sueco o la situación particular de Austria.

LA ASOCIACIÓN EUROPEA DE LIBRE COMERCIO.

Es bien sabido que tales conversaciones han cristalizado en el Tratado de 20 de noviembre de 1959, suscrito en Estocolmo, para crear la Asociación Europea de Libre Comercio (E. F. T. A., «European Free Trade Association») entre los siete países siguientes: Suecia, Noruega, Dinamarca, Gran Bretaña, Portugal, Suiza y Austria. Su diferencia esencial radica en que, en lugar de crear una zona con libertad interior de circulación económica y con único arancel frente al exterior, persiguen el logro solamente del primer objetivo previsto para 1970, y pretenden conservar en cada país su arancel propio y diferente frente a terceros.

La creación del Grupo de los Siete parece tener asimismo el propósito—aun cuando no aparezca de modo manifiesto—de formar un conjunto fuerte para ulteriores negociaciones. Estimula esta creencia el constante interés de sus componentes por avanzar paralelamente a la marcha de los Seis y no crear discrepancias y desniveles difíciles de solucionar, al mismo tiempo que mantienen los contactos posibles para no establecer rupturas definitivas con el resto de Europa. En estos días, parece que se han resuelto ya los problemas para la adhesión de Finlandia al grupo, reforzando así su posición en el área escandinava.

Los acontecimientos van de prisa y sería arriesgado hacer pronósticos. Es preferible formular conclusiones sobre los hechos, y éstos refrendan inequívocamente, a nuestro juicio, la tesis según la cual la creación de unidades económicas de un mínimo de magnitud es una imperiosa necesidad de nuestro tiempo—exigida, a su vez, por un mínimo de eficacia productiva en la organización de los recursos y de capacidad demandante en la amplitud del mercado—. Todo ello, aun prescindiendo de aspectos tan importantes como la compenetración política o la capacidad militar, que no pueden olvidarse en momentos tan cargados de amenazas como los presentes.

ESPAÑA Y LAS GRANDES UNIDADES ECONÓMICAS.

La posición española no puede ser otra que la correspondiente a un país de nuestro rango histórico y actual. Tan pronto como se rectificaron posiciones ajenas tendenciosas y se deslindaron netamente los campos entre los defensores y los enemigos de la civilización y el orden moral, España comenzó a incorporarse a su puesto de nación europea y atlántica. En los años más recientes, esa evolución ha cristalizado en la incorporación a diferentes organismos internacionales y cuando, en los últimos días de 1958, las naciones europeas dieron un nuevo paso hacia la normalidad monetaria, el Gobierno percibió en el acto la trascendencia de esa decisión y consultó con las instituciones más prestigiosas y competentes del país el problema de la integración económica europea y de sus repercusiones sobre la economía nacional. Como se recordará, las respuestas constituyeron un pronunciamiento unánime sobre la imposibilidad de permanecer ajenos a las tendencias integradoras en Europa, por los inconvenientes que presenta la posición marginal económica en que el aislamiento nos colocaría.

La vigencia de esta orientación ha sido todavía reiterada, hace bien pocos días, por el Ministerio de Comercio en su reciente discurso de Bilbao, al afirmar que «podemos y debemos prepararnos para integrarnos en lo más estricto que existe en el mundo de nuestras relaciones económicas más próximas». El hecho de que esa integración pueda hacerse hacia una u otra de las áreas hoy existentes en Europa o hacia cualquiera que entre ambas pueda surgir, al evolucionar la situación, es cuestión ya de decisiones concretas que no es misión mía dilucidar aquí, ni en este momento. En cualquier caso, serían necesarias, prácticamente, las mismas adaptaciones y esfuerzos por parte de la economía española, al menos en sus grandes líneas, y de ahí que la decisión hacia uno u otro grupo resulte comparativamente secundaria frente a la coincidencia de la política del Gobierno y de la opinión de las entidades responsables en el sentido de una creciente interpenetración de España con las grandes unidades económicas que se dibujan en Europa.

Y termino ya, con una breve recapitulación de lo expuesto. Resulta evidente, para quien tenga un mínimo de sensibilidad histórica, que el problema central de esta conferencia consiste en la yuxtaposición o desfase, según las épocas, entre las áreas de organización política y las económicas; y, desde luego, está claro que hoy la situación es la contraria a la de los grandes imperios de la antigüedad, pues mientras que entonces la unidad política abarcaba más de lo que la técnica permitía integrar económicamente, hoy

son posibilidades económicas más amplias las que muchas veces se malogran encerradas en la estrecha horma de unidades políticas insuficientes.

En segundo lugar, queda caracterizada la estructura económica mundial de hoy como el resultado de una evolución en la que aquella hegemonía europea décimonónica ha evolucionado hacia una polaridad y tensión entre Estados Unidos y la U. R. S. S., ulteriormente complicada con la aparición de nuevas grandes unidades económicas y, también, con la reacción de Europa hacia la creación de esas unidades superiores a las de sus actuales países. Este último fenómeno es el que, ante todo, nos interesa a nosotros, puesto que, al considerar la cuestión en relación con la tensión entre Occidente y el mundo comunista, no cabe dudar ni siquiera un instante de que la posición de España ha de estar al lado de su historia y de su fe; es decir, al lado de la dignidad del hombre, de su libertad y de sus supremos valores espirituales.

Es hacia Europa, como hemos visto, hacia donde debe concentrarse nuestra atención, para no perder oportunidades históricas luego difíciles de superar. Al contemplar el panorama de nuestro continente, vemos ya que el final de la OECDE supone la superación de la mera etapa de reconstrucción de la post-guerra, para iniciar la expansión y el desarrollo, no sólo en las tierras del continente, sino en el mundo de ultramar, participando en la cruzada de los países avanzados por el progreso en el nivel de vida de todos los pueblos.

Esa proyección, a medida que se realice, puede ser capaz de poner en manos de los europeos la potencia económica necesaria para realizar los fines culturales y espirituales a cuyo servicio ha de estar siempre el progreso material. Con sus creencias, con sus creaciones científicas y artísticas, con su capacidad técnica, con su influencia en aquellas otras regiones del planeta, a donde se trasplantó y arraigó la forma de vivir de Occidente, Europa puede y debe ser una pieza clave de la estructura política y económica mundial. Pero Europa, nunca estaría completa, nunca sera Europa sin España y sin el sentido de la vida que tan heroicamente encarna. Sin España, quedarían sin explicar siglos enteros de la Historia europea. Sin España, todo un continente de pueblos hispanoamericanos se quedaría sin poder volver la vista a Europa como a la raíz de su vida presente, de sus creencias y de su técnica. Sin España hasta los mismos pueblos de Africa y del Oriente islámico perderían su enlace histórico con Europa y el cauce por donde la tolerancia en el encuentro de las civilizaciones permitió enriquecer la cultura medioeval de Occidente con la sabiduría oriental recibida a través de los

MARIANO NAVARRO RUBIO

árabes. Sin España, en fin, no sólo el pasado de Europa, sino su futuro mismo, perdería una fuerza material y espiritual, imprescindible en esta época de decisivo enfrentamiento entre un mundo de orden humano y otro que no se detiene ante la opresión.

Por eso, si todas las demás razones científicas y técnicas resultaran insuficientes, bastaría elevar la mente por encima de la esfera estrictamente económica para comprender que, en último término, la orientación de nuestro país, en relación con la tendencia histórica hacia más amplias unidades, no puede ser otra sino la que el Gobierno ha iniciado ya inequívocamente y la que demanda la unánime opinión responsable: la de continuar la tradición europea de España y el sentido de su misión histórica universal.

MARIANO NAVARRO RUBIO,

Ministro de Hacienda.